

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POLO

Este *sport* tiene, como los toros, el atractivo de verificarse al aire libre, en primavera, de modo que nos anticipa las alegres excursiones del veraneo y la higiénica libertad campestre, tan apetecida desde que sufrimos un calor digno del Senegal.

El polo es, para mí y para muchas de sus asiduas espectadoras, preferible a las carreras de caballos. En éstas apenas hay tiempo de ver lo que sucede en la pista. Cruzan los caballos, como aquel de la fantástica leyenda, con vertiginosa rapidez, y cuando queremos adivinar cuál llegará primero a la meta, ya la carrera se ha terminado. A los que no entendemos el teje maneje de las apuestas, las carreras nos parecen tan sólo pretexto para un paseo muy lucido. ¿Muy lucido dije? Recordando la famosa teoría de D. Hermógenes de que todo es relativo, no me retracto; pero si evoco mis recuerdos de Longchamps, tampoco creo que merezca el calificativo.

Siempre concurre a las carreras, en Madrid, poca gente y poquísimos trenes dignos de llamar la atención en el desfile. El lujo de los coches no ha llegado a penetrar en nuestras costumbres, y espero que lucirá la época venturosa en que los vehículos mecánicos sustituyan casi por completo a los de sangre, sin que aquí haya hecho estragos la afición a trenes raros, bonitos y nuevos, tan difundida en Inglaterra y en Francia. La manía cocheril es de esas que no llevamos en la masa de la sangre, y a los pocos que aquí la padecen les ha entrado con la educación inglesa, con los viajes a Londres, con el olor de la atmósfera británica. El español de raza, en materia de coches, no ha llevado el ideal más allá de las carrozas monumentales que salen a relucir en los días de solemnidades palatinas. Entendemos poco de carrocería. La elegancia de forma, la resistencia, la ligereza, la solidez, el charolado, el bonito corte de esquife de un coche primoroso..., ¡bah!, todo eso se nos pasa inadvertido... Repito que los coches mecánicos, útiles y sin duda horriblemente feos por la falta de caballos, hallarán aquí bien preparado el terreno.

Nadie se da cuenta de ello, pero esos coches van a traer consigo una revolución en la sociedad y en las costumbres. Por ahora no son accesibles a todas las fortunas; por ahora nadie sabe manejarlos; tal vez están aún muy lejos de los ápices de la perfección, y además corren acerca de ellos noticias alarmantes; se les cree peligrosos, y no se ha olvidado el accidente ocurrido a una familia entera, lanzada a un barranco con grave riesgo de la vida. Sin embargo, cada día anuncian los periódicos un nuevo adelanto en los coches mecánicos; cada día nos familiarizamos más con la idea de que podrán llegar a servirnos, en plazo no muy remoto. Y verdaderamente esos coches, cuando nos adaptemos a ellos, serán una de las mejores conquistas de la civilización. ¡Ahí es nada! Gastando una pequeña cantidad de petróleo ó de electricidad nos veremos libres de lacayos, palafreneros y cocheros; y no recelaremos tener a un hombre clavado en el pesante horas y horas, expuesto a la intemperie, al calor, al frío; ya la ráfaga boreal que cruza de extremo a extremo el vestíbulo del teatro Real en diciembre, no nos sugerirá la sospecha de que va a costarnos algunos miles de reales, deshaciendo un tronco y de-

jándonos a pata galana; el sol no nos traerá a la imaginación el tabardillo; no habrá que temer, cuando chacolotea la herradura, que se destruya el casco; no tendremos que pensar en la cebada, en la avena, en la paja, en la escarola, en el forraje de verano y en la abrigada manta para el invierno; no se lidiará con veterinarios; no se gastarán dineros en sedales, en linimentos, en sangrías; no habrá vejigas posadas, ni entabladuras, ni vértigos, ni resbalones cuando hiela, ni toses cuando nieva; no se necesitarán bruzas, almohazas, tijeras esquiladoras, paños...; en suma, nos habremos quitado de cuidar un niño, ó dos..., porque el caballo es, como el chiquillo, un ser delicado, impertinente, lleno de exigencias, de mimos y de alifafes; su salud se resiente con facilidad suma, y es menester, para que estén atendidos dos caballos, que en todo el día no hagan otra cosa dos hombres sino atenderles...

Los coches mecánicos vendrán a resolver este problema, y a libertarnos de la tiranía de los simones y del atraneo de las galeras y carros de transportes y mudanzas. Cuando se aplique el principio científico en toda su extensión y con todas sus beneficiosas consecuencias, no será necesario que tales armatostes ocupen media calle. El coche mecánico, barattísimo, hará varios viajes en el tiempo en que hacía uno solo el gran carro ó la monumental galera. Son incalculables los bienes que puede reportar el coche mecánico. El trabajo de la máquina no se limita, y tendremos el coche *enganchado* a la puerta todo el día y toda la noche, sin miedo a que se canse el automedonte ni los bucéfalos. Hoy el coche parece signo distintivo del lujo; entonces parecerá el signo de la medianía, del modesto desahogo, del recreo y de la comodidad a módico precio..., algo de lo que significa al presente la bicicleta. Será el coche menos *tónico* (como antaño se decía), pero más humano; democratizado, reducido a su natural papel de cachivache útil, y no de ídolo y de objeto de culto y de veneración, al par que motivo de ira y envidia para los que se ven *«salpicados por el lodo que levantan las ruedas»*. Los coches mecánicos también tendrán ruedas y levantarán lodo, pero ese lodo ya no parecerá tan ofensivo, como no lo parece el que alza, coceando, un humilde borriquillo cargado de cacharros ó de legumbre...

* *

Con esta digresión de los coches mecánicos, que por ahora no se han aparecido en Madrid sino a título de curiosidad y rareza, me he olvidado del polo. Para los que no conozcan este juego, diré que es una especie de partido de pelota a caballo. Los jugadores se dividen en dos bandos, y cada jugador, al pasar galopando cerca de la pelota, trata de llevársela hacia su terreno; pero viene el del bando contrario, y deshace la obra del anterior; y así, arrebatándose la pelota, ejecutan vistosas evoluciones, que recuerdan las *fantasías* de pólvora de los árabes. Para este juego se necesita montar con maestría, y tener una gran flexibilidad de riñones, pues hay que inclinarse mucho sobre el costado del caballo y conservar el equilibrio instantáneamente, so pena de ser despedidos. He presenciado algunas costaladas terribles. También requiere el polo buen pulmón y resistencia, es ejercicio en sumo grado violento. No hay necesidad de decir que todas estas habilidades peligrosas y reventadoras nos las envían de Inglaterra. En ese país se aspira a dar a la juventud fuerza, vigor corporal, desarrollo; a formar un animal humano hermoso y robusto, aunque sea a costa de trompazos, encontrones y caídas, de fatigas y fracturas de miembros... Aquí el polo se juega por moda. Los inteligentes aseguran que las jacas que se emplean en Inglaterra para este juego son maestras y excelentes; que se juega siempre con trajes *ad hoc*, y no con la caprichosa y variada indumentaria que aquí; pero los que sólo aquí lo hemos visto, encontramos divertida y animada, aun con jacas baratas y con trajes heteróclitos, esta lid de arrojo y destreza, tan a propósito para habituar a la juventud a que desprecie el peligro; para *desenervarla*.

Tiene además el polo algo que recuerda los antiguos torneos: la presencia de la mujer, su aprobación, su aplauso. La caza es de suyo insociable; la equitación lo mismo; otro tanto podría decirse del *foot ball*, que aquí, por otra parte, no ha cuajado ni lleva trazas de cuajar nunca. El *tennis* es cosa más bien infantil, aunque lo jueguen algunas señoras por lucir el talle; en las carreras, los que toman parte activa en el espectáculo son *jockeys*, gente mercenaria. En el polo, los jugadores son caballeros, y las que presencian, señoras de su misma sociedad, sus hermanas, sus madres, sus novias, sus amigas; y a la cabeza de las damas mironas figura nuestra más deci-

dida *sportswoman*, la infanta Isabel. No separa a los jugadores y al público sino una ligera valla de tablas, y por algunas partes sólo una depresión del terreno, y la infanta, en su vehemente afición, se acerca tanto que está a riesgo de que un caballo la arrolle. A mí me agrada del polo su fondo de paisaje. Es un fondo de tapiz goyesco, sobre un celaje azul claro y limpio, con ligeras nubecillas de un blanco algodónáceo, árboles de un verdor mate, de una forma elegante y majestuosa, se apiñan ó se perfilan aislados sobre las escuetas colinas, por cuya ladera baja disperso un rebaño de ovejas negras, pardas, amarillentas, y a cada sombra un grupo de gente del pueblo, mirando cómo juegan los señoritos, merienda alegremente.

En estas últimas partidas de polo hubo algunas carreras de carácter humorístico, con paraguas abiertos, cigarros encendidos y otros adornos extraños al juego en sí, pero encaminados a darle variedad y a demostrar mayor destreza y agilidad en la equitación. Estas *rositas* me recordaban ciertas habilidades propias del toreo de Rafael Guerra. Lo más lindo fué la carrera en *tandem*. El caballo casi en pelota, sujeto por sutiles riendas y galopando delante del jinete que le regía, al par que regía su montura, hacía excelente efecto. Algunos caballos marchaban bien, derechos como flechas, siguiendo el impulso; otros se desviaban, indóciles; alguno rompió las riendas y se fué por los cerros fronterizos, siendo bastante difícil darle alcance...

Lo que me pareció más característico en esta diversión tan inglesa, lo que yo hubiese apuntado en mi cartera, si soy dibujante, fué las siluetas de dos niños, mejor dicho, de un muchacho y una muchacha de la más alta aristocracia española, pero cuyos trajes se veía que acababan de llegar en derecha de Londres, oliendo aún a nieblas, a humo, a violeta y a *fashion*... Era el vestido de la niña negro, de una tela brillante, crespada y sedosa, plegada de alto a bajo como una pantalla fina, y con mil juegos y rieles de luz en aquella negrura parecida a la piel lustrosa de un caballo. Un inmenso cuello de encaje color Suecia y una descomunal pastora verde completaban la *toilette*. Las largas piernas de la muchacha, calzadas con media de seda negra, y los pies grandes, bien puestos, holgados dentro del zapato de charol, de forma eclesiástica, remataban airoosamente la silueta. En cuanto al muchacho, con su ajustado *peti* negro y su sombrerito alto de felpa, con sus pantalones anchos por la rodilla y su talle corto arcaico, me recordaba el característico traje de los mozos de escuadra de Cataluña, copiado de un uniforme inglés de principios de siglo. Los dos hermanos eran una acuarela de Kate Greenaway, clavada; eran la anglofilia, nota suprema del buen tono actual... hasta que venga a destronar a la *nebulosa Albión* la sombría Dinamarca, ó sabe Dios si la helada Rusia... El que viva lo verá, y quizás contemplará a los hijos de los duques venideros adornados con pieles de foca ó con la *tulupa* moscovita.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA

Ya se con-
al Senado,
mes de julio
tante entrac-
los de la pa-
sas de las t-
temperatura
convirtiénd-

Por poco
tales la adi-
templa el si-
sepa, no en
fisiología sa-
de anemia.
funde galba-
nico, hama-
mayada ma-
pios, las id-
se diría que
tros político-
Babilonia, y
la defensa,
el insulto, e-
de esa diari-
fuerzas de c-
orillas del T-
lamento ing-

Sí, les ac-
del Senado,
asombro. E-
ren el calor
das; pero a-
biles y exha-
cambios de
y el sufrimi-
correctos d-
levita y su
bles tardes
personajes,
timas amist-
jan ver en
familiares r-
asma, con e-
achasques d-
la sesión de
y correr a o-
que se oyer-
peos y resu-
bochorno, y
jadas hasta
sobre el pe-
quido sord